MEDITANDO EL SANTO ROSARIO
MISTERIOS LUMINOSOS

Jorge Sáez Criado

© Jorge Sáez Criado

Diseño de cubierta: Sáez Fernández Fotografía

ISBN: 978-1548649951

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

Prólogo..... 7
Primer misterio: el Bautismo de Jesús en el río Jordán.....11
Yo os bautizo con agua.....11
¿Y tú acudes a mí?.....14
Se abrieron los cielos.....17
Este es el Cordero de Dios..... 18
Muerte y resurrección.....19
Don y responsabilidad.....20
Contemplación..... 21
Segundo misterio: las Bodas de Caná.....23
Jesús estaba invitado a la boda.....23
No tienen vino.....25
Haced lo que Él os diga.....26
El vino bueno..... 28
El matrimonio, cosa de tres.....31
Contemplación..... 33
Tercer misterio: el anuncio del Reino de Dios invitando a la conversión.....37
Jesús ayuna y es tentado en el desierto..... 37
Está cerca el Reino de Dios.....39
¿Cómo es el Reino de Dios?..... 41
Conviértete..... 42
Contemplación..... 43
Cuarto misterio: la Transfiguración de Jesús en el monte Tabor.....45
Unos ocho días después.....45

Se caían de sueño..... 47
Mientras oraba.....49
Dios de vivos.....50
¡Qué bueno es que estemos aquí!.....51
Escuchadlo..... 53
No temáis..... 54
Contemplación..... 56
QUINTO MISTERIO: LA INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA 59
¿Lavarme los pies tú a mí?.....59
¿Soy yo acaso?..... 61
Esto es mi cuerpo..... 63
Haced esto en memoria mía..... 65
He pedido por ti.....67
Yo soy la vid.....68
Un mandamiento nuevo..... 69
Adoración eucarística.....71
Contemplación..... 72
AGRADECIMIENTOS.....75
EL AUTOR.....77

PRÓLOGO

Fue el Papa Juan Pablo II, hoy san Juan Pablo II, quien incorporó al Santo Rosario los misterios luminosos. Tal como explica en la Carta Apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, se trata de una incorporación que no es obligatorio seguir y que se deja a la libre consideración de individuos y comunidades. Sin embargo, creo que fue un acierto por su parte añadir estos misterios. Yo, al menos, sí que los rezo. Y es que, parafraseando de nuevo la Carta Apostólica, en el Rosario faltaba considerar los misterios de la vida pública de Jesús desde el Bautismo hasta la Pasión, período en el que Jesús se muestra como luz para ver a Dios actuando en la vida de las personas, como revelador definitivo del Padre.

A lo largo de estos nuevos misterios, Jesús irá mostrando su identidad como enviado del Padre, que no tiene reparos en actuar de forma directa en el Bautismo de su Hijo para que quede claro quién es el que acaba de ser bautizado. A partir de ese momento, Jesús pasará por el mundo haciendo el bien, reflejando el rostro del Padre.

El Hijo de Dios, como si fuera un personaje cualquiera, uno como tantos otros que iban ante Juan

Bautista, se bautiza. Reencuentro de los dos primos cuyo primer encuentro se dio en la Visitación de María a su prima santa Isabel, como vimos en el primer volumen de esta serie, dedicado a los misterios gozosos. Un reencuentro marcado por la manifestación del Padre a favor del Hijo.

En las bodas de Caná, Jesús se revela «antes de tiempo» gracias a María, la primera creyente, en una preciosa muestra de intercesión de la Virgen a favor de los esposos. Es el único misterio de los luminosos en el que la Virgen tiene algún papel, pero este está lleno de significado.

A continuación se recoge en un solo misterio toda la actividad de Jesús anunciando el Reino de Dios invitando a la conversión. Estas tres últimas palabras son de plena actualidad hoy en día, cuando parece a veces que hemos renunciado a la conversión, tanto de nosotros mismos como de nuestros prójimos. Sin embargo, nada hay más inherente al Evangelio. El mismo Cristo envió a sus discípulos a predicar el Evangelio, hacer discípulos de todas las naciones y bautizarlos (cf. Mt 28, 19). Junto a la conversión de quienes no conocen a Jesús tenemos que tener en cuenta también la de quienes sí le conocemos. Nunca estamos sobrados de conversión. De lo contrario, no necesitaríamos acercarnos al confesionario, auténtico ministerio de misericordia.

En el monte Tabor nos encontraremos con Cristo transfigurado, verdaderamente luminoso incluso a los ojos mortales de los apóstoles que le acompañaban y que no tenían muy claro cómo reaccionar. Jesús supera cualquier expectativa.

El misterio final invita, en mi opinión, al recogimiento mientras se acompaña a Jesús en la Última Cena, donde instituirá la Eucaristía, su forma de quedarse con nosotros y hacerse alimento para alma y cuerpo.

En este librito, igual que en el dedicado a los misterios gozosos, para cada misterio te propongo unas reflexiones y, al final, un momento de contemplación para ayudarte a penetrar en su interior, para vivirlo.

Me gustaría que estas pequeñas meditaciones y contemplaciones te ayudaran a introducirte en el misterio de la redención y te sirvieran de apoyo a la hora de rezar el Rosario, esta gran oración resumen de toda la vida del Señor. Dios lo quiera.

Primer misterio: el Bautismo de Jesús en el río Jordán

«Este es mi Hijo amado, en quien me complazco.» (Mt 3, 17)

En este primer misterio luminoso, Jesús hace algo sorprendente: se une a la fila de pecadores que iban a bautizarse con Juan Bautista para ser, igual que ellos, bautizado por él. Y, al final, asistiremos a la revelación de Jesús como Hijo por parte del Padre, por medio del Espíritu Santo.

Yo os bautizo con agua

Juan era la voz que grita en el desierto para instar a que se preparen los caminos para el Señor (cf Mt 3, 3). Ese preparar el camino del Señor se concretaba en una sola cosa: convertíos.

El Bautista llamaba a la conversión de los pecadores para allanar los senderos, para facilitar el acceso al Reino de Dios. Porque si no te conviertes, no entrarás en él. Así de simple. Dios no entrará en tu vida si tú no quieres. Él no para de llamar, como hizo en su momento con Juan. Pero es la responsabilidad de cada uno aceptar esa llamada y convertirla en la prioridad de su vida.

Hay un detalle muy jugoso para estos tiempos en los que nos ha tocado vivir, de católicos acomplejados y miedosos. Cuando Juan vio que muchos fariseos y saduceos iban para que los bautizara, les dijo lo siguiente. Lo pongo tal cual:

«*¡Raza de víboras!, ¿quién os ha enseñado a escapar del castigo inminente? Dad el fruto que pide la conversión*» (Jn 3, 7-8).

Se ve que Juan Bautista no tenía respetos humanos, ¿verdad? Justo lo contrario que muchos de nosotros, que agachamos la cabeza ante cualquier atropello a la Iglesia, a la Virgen o a Nuestro Señor, como ocurre tantas veces. Y como a alguien se le ocurra decir algo ya no como el «*raza de víboras*» del Bautista, sino más suave, en seguida aparecerá un coro de buenistas diciendo que hay que ser misericordioso, que no hay que buscar confrontación, y todo tipo de palabras dulzonas que solo sirven para ocultar una cosa: el miedo que tienen a que se les reconozca como católicos.

No, señor. Para ser misericordioso no hay que ocultar la verdad. Al contrario, es misericordioso decir y defender la verdad. Y, si no, que se lo cuenten a Juan y al mismo Jesús, que no fue más suave. Nosotros tenemos el deber de hacer lo mismo, de hablar con verdad y misericordia, de ser firmes cuando sea necesario aunque nos insulten. Tenemos, tú y yo, que ser valientes. Dulzura y firmeza no están reñidas. Cada una tiene su momento.

Juan les insta a que den el fruto que pide la conversión. Esta no se puede quedar en un signo ex-

terno, el bautismo que daba Juan. Tiene que transformar tu vida. De lo contrario, no deja de ser una especie de etiqueta que no servirá de nada.

¿Das tú esos frutos de conversión? Es más, la primera pregunta que deberías hacerte, al igual que me la debo hacer yo, tendría que ser: ¿me convierto cada día? No es un asunto baladí, todos distamos mucho de ser como nuestro modelo, Jesucristo. Nuestro modelo y nuestro molde. Tenemos que convertirnos una y otra vez a Él sin desfallecer, con confianza plena en Él y en su amor por nosotros. Aceptar la conversión y dejarnos cambiar por su gracia.

Juan era muy consciente de su papel de precursor. No tenía ni un gramo de ególatra. Lo deja muy claro:

«*Yo os bautizo con agua para que os convirtáis; pero el que viene detrás de mí es más fuerte que yo y no merezco ni llevarle las sandalias. Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego*» (Jn 3, 11).

Él no era el Mesías que tenía que llegar a Israel. Él solamente invitaba a prepararse para esa llegada, con toda la humildad de su corazón, sin reclamar ningún mérito para sí mismo. Es el Mesías el que bautizará, por decirlo de alguna manera, «de verdad», con el Espíritu Santo para un nuevo nacimiento y el que juzgará a Israel, como puede entenderse de esa imagen del fuego y del siguiente versículo, en el que se nota de forma más clara aún esa dimensión de juicio divino: «*quemará la paja en una hoguera que no se apaga*» (Jn 3, 12).

Tremenda advertencia la del Bautista a tener presente siempre: ¿seré paja o seré trigo? ¿Doy los

frutos que, como bautizado, debo dar? ¿O mi bautismo no tiene ninguna relevancia en mi vida?

¿Y tú acudes a mí?

Juan, lo hemos visto ya, tenía muy claro su papel en el misterio que estaba viviendo. Él no era el importante, sino Jesús, el Mesías.

Pero resulta que Jesús fue al Jordán y se puso en la fila de personas que esperaban para que Juan les bautizara. Un bautismo para que se convirtieran, algo que es obvio que no necesitaba Jesús.

Es un bonito detalle en el que reflexionar por unos momentos: Jesús, Hijo de Dios, Segunda Persona de la Trinidad, se pone en la misma fila que los pecadores necesitados de conversión. No deja de ser una cierta repetición de lo que ya había hecho: nacer y vivir como todo hombre, ya que Él es verdadero hombre, además de verdadero Dios. Cuando se encarnó, entró en el mismo mundo en el que estamos los pecadores.

Piénsalo por unos instantes: Jesús se identificó con los pecadores. Puro, se abajó ya no solo al nivel de sus criaturas, sino que quiso llegar a lo más bajo. No se mantuvo por encima, mostrando su superioridad. Al contrario, nunca rechazó el contacto con los pecadores. Al fin y al cabo, es a los enfermos a los que tiene que curar el médico.

Jesús se identificó conmigo. Se identificó contigo. Piensa en tus pecados. No son pocos, ¿verdad? Pues Jesús se acerca a ti. Se pone junto a ti para avanzar por el camino de la conversión.

No estás solo. No estás abandonado al poder del pecado. Jesús es mucho más grande que cualquiera de tus pecados y ha venido por ti, para sacarte de tu inmundicia.

Es fácil entender la sorpresa que se llevaría Juan al verle delante de él. Quizá al principio pensara que Jesús estaba allí para comenzar a bautizar, pero no tardaría en darse cuenta de que no era así, de que su intención era que Juan le bautizara.

Juan no lo entendía. Intentó que Jesús cambiara de opinión. No deja de tener su gracia intentar que quien es la Verdad cambie de parecer. Pero bueno, también es algo que se busca en la actualidad. ¿O no?

¿Cuántas veces habrás podido oír la típica frase de que «Jesús, hoy en día, habría hecho tal o cual cosa»? Y esas cosas que, según dicen, haría Jesús ¿son conformes al Magisterio de la Iglesia? Es más, ¿coinciden al menos con lo que Jesús hizo según los Evangelios?

Muchas veces, la inmensa mayoría diría yo, no es así. Lo puedes ver, por ejemplo, cuando algunos argumentan a favor de que los divorciados vueltos a casar puedan comulgar. Jesús dejó muy claro que quien se divorcia y se casa con otra persona es un adúltero. Sin paliativos. Pero otros, como les resulta muy dura la verdad, intentan construirse un Jesús a medida que les diga que todo lo que hagan está bien.

Es decir, que Jesús niegue lo que dijo para decir lo que ellos quieren.

Yo mismo tengo la experiencia de «discutir con Dios». Tuve un proceso de discernimiento en el que,

aun sabiendo lo que Dios quería, yo no terminaba de estar convencido y seguía dándole vueltas a lo mismo una y otra vez. Gracias a mi director espiritual conseguí dar los pasos necesarios para seguir la voluntad de Dios. Por cierto, aprovecho para recomendarte que busques un buen director espiritual. No te arrepentirás.

Pues fíjate, Juan el único discernimiento que tenía que hacer era escuchar a quien tenía delante, el mismo Jesús, y aun así no terminaba de convencerse. No entraba en sus esquemas que el Mesías quisiera rebajarse a ser bautizado por él. Y, con la humildad que le caracterizaba, como último argumento le dijo a Jesús: «*Soy yo el que necesito que tú me bautices, ¿y tú acudes a mí?*» (Mt 3, 14).

¡Qué hermoso argumento, reconocer la necesidad de Jesús! Reconocerse pequeño, miserable ante Él. Demasiadas veces nos creemos grandes, incluso superiores a los demás. Es bueno fijarnos en Juan y, como él, darnos cuenta de que ante Él no somos nada. Pero ojo, una «nada» querida por Dios desde el principio.

Juan no quería hacerse un Dios a su medida, como en el ejemplo de más arriba. Sencillamente, veía tal diferencia entre él y Jesús que no le cabía en la cabeza que este se abajara tanto, que pudiera querer que él le bautizara. A Él, que no necesitaba ningún bautismo.

Estoy convencido de que Jesús le miró con un cariño enorme. Tal muestra de humildad seguro que le conmovió. Pero tenía que cumplir su misión. Como dijo a Juan, había que cumplir toda justicia (cf. Mt 3, 15). «Justicia» hace referencia a cumplir la voluntad de Dios. Era voluntad del Padre que Jesús se bautiza-

ra para mostrar la necesidad de la conversión para todos los hombres, para dar ejemplo de lo que después tendrían que hacer sus discípulos, para mostrar lo que sería el nuevo bautismo.

Se abrieron los cielos

Así pues, Juan bautizó a Jesús. Le sumergió en el agua, seguro que con el corazón en un puño, sabiendo como sabía que estaba bautizando al Mesías y, al sacarle y salir Jesús del agua, «*se abrieron los cielos y vio que el Espíritu de Dios bajaba como una paloma y se posaba sobre Él. Y vino una voz de los cielos que decía: "Este es mi Hijo amado, en quien me complazco"*» (Mt 3, 16-17).

En el anonadamiento de su bautismo se produce una preciosa epifanía, una revelación trinitaria que muestra la unidad de las Tres Personas y el hecho de que Jesús es el Hijo del Padre. El Espíritu Santo desciende de forma visible desde los cielos abiertos por el Padre como si fuera una paloma para posarse sobre Jesús. Y el Padre rubrica con su voz el momento confirmando que Jesús es su Hijo y que lo que este hace no es otra cosa que Su voluntad.

Creo que muchas veces leemos este pasaje y nos quedamos un poco como si no fuera con nosotros. Pero ¿y si te dijera que lo que lees es lo que ocurrió en tu bautizo? Y en el mío. Y en el de mis hijos. Y en el de los tuyos, si es que tienes.

Eso lo cambia todo. Ya no es algo bonito pero lejano, ocurrido a Jesús hace más de dos mil años. Es

algo que se actualiza constantemente, cada vez que el sacerdote vierte el agua sobre la cabeza del nuevo bautizado.

Cuando te bautizaron, Dios abrió el Cielo para ti. Piénsalo. Está ahí, abierto, esperándote si perseveras. El Espíritu Santo vino a ti, limpió tus pecados (si fue de niño, el pecado original), te introdujo en la vida de la gracia, es decir, te introdujo en la misma vida divina. Y el Padre te reconoció como un nuevo hijo suyo, un hijo muy amado. Un hijo en el Hijo.

Te convertiste en hijo de Dios, con todo lo que eso implica.

Y algo muy importante: eso no se borra. Cometas el pecado que cometas, aunque apostates, aunque seas un criminal, seguirás siendo el hijo amado del Padre, que te estará esperando ansioso como en la parábola del hijo pródigo para ayudarte a cruzar la puerta de Su casa y darte el lugar que te corresponda junto a Él.

Recuérdalo y medítalo con frecuencia: eres un hijo de Dios.

Actúa como tal.

Este es el Cordero de Dios

Toda la vida de Juan Bautista nos interpela para que nos convirtamos, para que sigamos a aquel que venía detrás de él y al que no era digno de desatar la correa de la sandalia (cf. Jn 1, 27). Pero quizá el momento clave se da cuando, al pasar Jesús, Juan exclama «*Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado*

del mundo» (Jn 1, 29). La Escritura nos indica también que a raíz de esa afirmación dos de los discípulos de Juan pasaron a seguir a Jesús. Serían Juan y Andrés.

La vida de Juan Bautista es un continuo señalar hacia Jesús. Todos sus actos y todas sus palabras van dirigidas para que sus contemporáneos reconozcan al Mesías y se preparen para el encuentro con Él.

Al designarle como «Cordero de Dios», Juan ya está anticipando el sacrificio de Jesús como cordero pascual, como el Siervo del Señor del que habla el profeta Isaías (Is 52, 13-53, 12). Es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, que en su sacrificio en el altar de la Cruz vence al pecado y abre las fuentes del bautismo a todos los hombres para el perdón de los pecados y el nuevo nacimiento en el Espíritu.

Juan da testimonio de Jesús afirmando que Él es quien bautiza con Espíritu Santo. Que es el Hijo de Dios. Nosotros, como bautizados, ¡con cuánta más razón deberíamos hacer de nuestra vida un testimonio!

Muerte y resurrección

El bautismo por inmersión es mucho más claro a este respecto, aunque el simbolismo sigue siendo el mismo. El bautismo es una participación en la muerte de Cristo. El que es bautizado muere al pecado, muere al estado de simple criatura humana, y resucita, emerge del agua, como hijo de Dios. Sus pecados han quedado sepultados en las aguas del bautismo. Muere el hombre viejo y se levanta el hombre nuevo, partícipe de la vida divina por la gracia que recibe en este sacramento.

El bautismo viene de la cruz de Cristo, ya que la sangre y el agua que el Señor derramó en ella son figuras de la Eucaristía y el bautismo. Es más, Jesús mismo habló en varias ocasiones de la Pasión como si fuera un bautismo (cf Mc 10, 38; Lc 12, 50).

Piensa sobre ello. Cuando fuiste bautizado, moriste y resucitaste. Naciste del agua y del Espíritu.

Don y responsabilidad

El bautismo es un maravilloso don de Dios por el que nos convierte en sus hijos, pero también es el mejor regalo que podemos hacerle a nuestros hijos. Es absurdo eso de esperar a que elija él. Un padre está constantemente tomando decisiones por sus hijos según lo que considera lo mejor para él. No veo a ningún padre que defienda que su hijo ya decidirá cuando sea mayor si comer o no verdura, o si ir o no al colegio, o si lavarse los dientes o no. Normal. Nuestros hijos son responsabilidad nuestra. Yo, como padre, tengo el deber de educar a mis hijos, de guiarles para que se conviertan en las mejores versiones de ellos mismos que puedan. Eso implica tomar decisiones por ellos, ya que de pequeños no saben todavía qué es lo mejor para ellos. ¡Si muchos ni siquiera lo saben de adultos! Como padre tomo decisiones por ellos continuamente buscando su bien.

Pues ¿qué mejor regalo le puedo hacer a un hijo que convertirle en hijo de Dios?

¿Qué bien puede haber mayor?

Pero el carácter de responsabilidad del bautismo

no se queda ahí, en el papel de padres. Cada bautizado, por el mero hecho de serlo, es responsable de actuar como tal. A partir del momento en el que te conviertes en hijo de Dios sería rebajarse mucho vivir como alguien mundano. Tu deber es que se vea en ti una imagen, un icono, de ese Dios que te ha adoptado.

¿Cuántas veces somos más un contraejemplo que un ejemplo? Comprométete a ir cambiando, a unirte todo lo que puedas a Dios, ya que sin Él no vas a conseguir nada.

Confía en Él y vete examinando tus pecados más habituales para poder luchar contra ellos con la gracia de Dios.

Contemplación

En primer lugar, ponte en la presencia de Dios con la intención de que la contemplación te ayude a amar más y mejor al Señor.

Ve con la imaginación al río Jordán. Imagina que vas caminando hacia la cola de los que buscan el bautismo de Juan. Oye el suave murmullo del río. Escucha también la voz de Juan mientras sumerge a cada persona en el río y la vuelve a sacar.

La cola avanza poco a poco. Fíjate en la vegetación que bordea las márgenes del río. El agua da vida. Mantén ese pensamiento y reflexiona, aplicándolo al bautismo.

Le llega el turno al que estaba justo delante de ti. Pero algo pasa. Mira hacia Juan. Su cara de sorpresa, su expresión. Jesús ha ido a bautizarse, era Él

quien estaba delante de ti. Presta atención y escucha lo que dicen. Fíjate en el tono de sus voces. Juan no quiere bautizarle, le dice que es él quien tendría que ser bautizado por Jesús. Pero este le acaba convenciendo. «*Déjalo ahora. Conviene que así cumplamos toda justicia*» (Mt 3, 15).

Juan, solemne, con enorme respeto sumerge a Jesús en el agua y le saca. Observa lo que ocurre a continuación. Hay una claridad distinta, casi palpable, en el ambiente. El cielo se ha abierto y ves descender algo como si fuera una paloma en dirección a Jesús. ¿Qué sientes al ver al Espíritu descender hacia Él?

En el momento en el que el Espíritu se posa en Jesús suena la voz del Padre: «*Este es mi Hijo amado, en quien me complazco*» (Mt 3, 17). ¿Cómo es esa voz? ¿La escuchas con los oídos o en tu interior?

Párate un rato en este momento trinitario y habla con cada una de las tres Personas. Reflexiona sobre lo que has contemplado para sacar provecho espiritual de ello.